

una novela, se suman a la lista otras publicaciones de este escritor y profesor de lengua francesa, nacido en la enigmática ciudad de Marruecos: Casablanca. Algunas de ellas: *El señor Malaussère*, *La pequeña vendedora de prosa*, *Los frutos de la pasión*, *El hada carabina* y *La felicidad de los ogros*, entre otras.

En *Mal de escuela* se vaticina un éxito que trasciende las fronteras de su país por abordar e inmiscuirse a modo personal y sin ocultar las grietas del sistema escolar, un tema que atañe a todos las naciones: la educación. En la obra estamos ante el relato autobiográfico de un profesor, protagonista y testigo del fracaso escolar durante su infancia.

La novela cuenta con seis partes. La primera parte se denomina *El basurero de Djibuti* y a su vez se divide en doce capítulos. A lo largo de estos doce capítulos, nos presenta sus memorias de porqué es un mal alumno, un **zoquete**. Aún cuando no habría posibilidad para ello por el estatus y procedencia de su familia.

A partir de la segunda parte *Devenir*, Pennac, cuestiona en varias ocasiones al lector, advirtiéndole que no se trata de otro libro sobre las deficiencias y retos de las instituciones educativas, sino de cómo a través de su experiencia, él pudo comprender a los zoquetes de sus clases de lengua, cómo conocer a ese estudiante que tiene todo para progresar y salir airoso del recinto escolar pero no lo logra debido a su nulidad, a su indiferencia y desdén por el mundo que avizora.

Él, un profesor de lengua francesa en instituciones de educación media de su país, -lo que en nuestro contexto denominamos liceos- fue en el pasado como ya se había mencionado, un zoquete, un mal alumno, un estudiante deficiente, sin futuro, sin proyecciones.

Él engrosaba la lista de esos estudiantes que vemos todos los días -quizá en los ojos de algún

profesor, nosotros también fuimos para ellos zoquetes- y pensamos: no tienen ningún porvenir; esos que no soportamos, que reprochamos y olvidamos. Pues bien, ese es uno de los problemas de nuestros sistemas escolares.

¿Qué hacer con los estudiantes menos aventajados? ¿En qué medida el sistema contribuye a aminorar las cargas y problemas de estos estudiantes? ¿De quién es la culpa? Nos ceñimos a la opinión expuesta en la novela sobre el hecho de que la culpa recae en la escuela y la escuela emite que es la familia quien tiene la culpa. Es decir, a la hora de conseguir culpables somos los mejores pero no reflexionamos e inspeccionamos si en nosotros, docentes, se alberga algún ápice de culpa.

En este sentido, retomo las palabras de Pennac "Sí, al escuchar el zumbido de nuestra colmena pedagógica, en cuanto nos desalentamos, nuestra pasión nos impulsa primero a buscar culpables. El sistema educativo parece, por otra parte, estructurado

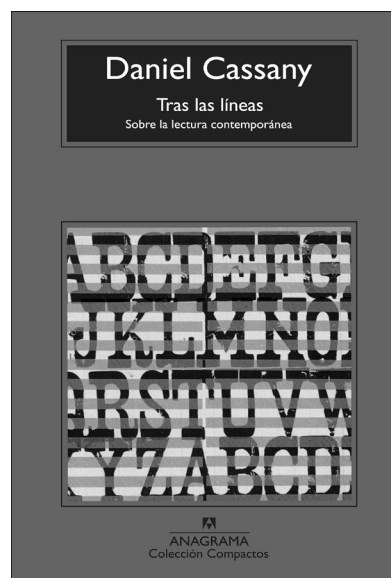
para que cada cual pueda designar cómodamente al suyo" (p.154).

Cada quien, bien sea desde su salón, aula u oficina emite juicios de culpa porque esa pasión no es pasión. Sólo es la rutina del trabajo en las aulas que nos hace ceñirnos a planes de trabajo, evaluaciones y control de asistencia y disciplina.

Por ello la lectura detenida y con fruición de *Mal de escuela*, además, de ser un relato autobiográfico, abrirá nuevas perspectivas sobre cómo manejar la atmósfera escolar, no porque quiera ser transmisora de consejos en el ámbito formativo sino porque nos permitirá comprender que así como esos alumnos que tenemos en las aulas, a lo mejor -poco o mucho- nos parecemos a ellos, caracterizados hoy día como manifiesta Pennac, en ser una nulidad, "en la sociedad donde vivimos, un adolescente instalado en la convicción de nulidad" (p.70).

Vanessa Castro Rondón

Universidad de Los Andes- Táchira



Tras las líneas Sobre la lectura contemporánea

Daniel Cassany
Anagrama

Barcelona, 2006. 294 pp.

En esta obra el celeberrimo autor español procura advertir al lector de las ideologías subyacentes en todo texto. Para ello, en el primer capítulo, "Leer desde la comunidad", Cassany realiza un preámbulo sobre las distintas concepciones del término *lectura*. Expone este autor que toda comprensión de un texto -si bien está regulada por el conocimiento previo del lector, su actitud y su estado anímico mientras lee- también está condicionada por el medio sociocultural. En efecto, Cassany afirma que un lector también debería estudiar tanto el contexto de las obras como los datos biográficos de los autores, pues de esa manera podrá acercarse a una interpretación más "objetiva" del texto. Esto quiere decir que en *Tras las líneas* no hay espacio para impulsar la lectura lúdica. En su lugar, el autor dirige sus esfuerzos hacia el estímulo de la lectura crítica, enfocada en las

implicaciones y las sugerencias que un enunciatario emplea en su discurso.

Estas acotaciones de Cassany son el preámbulo para lo que desarrollará en el segundo capítulo: “Leer la ideología”. Aquí parte de la concepción de que en el discurso público rara vez un autor manifiesta de forma explícita su pensamiento. Por tal motivo, para lograr entrañarse en la intención primaria de un autor habrá que detenerse y analizar no solo las palabras que usa, sino el sentido que le da y el contexto donde las usa. Cultivar la competencia lingüística de un lector, por tanto, será insuficiente para alcanzar este fin; necesario será, además, estimular su competencia pragmática. Lo que sugiere Cassany con este segundo capítulo casi podría resumirse una frase de David Riesman: “Estudia las frases que parecen ciertas y ponlas en duda”. Para este objetivo, el autor español incrusta al final de esta sección veintidós técnicas utilísimas para desentrañar la ideología del discurso. Estas herramientas invitan al lector a prestar atención a los deícticos que se usan, los referentes del texto, las palabras usadas, los diminutivos, los despectivos, la voz personal o impersonal predominante en el texto, las tendencias sexistas y xenofobias, así como el género discursivo y los autores citados para apoyar las ideas.

Para el tercer capítulo, llamado “Leer en otras lenguas”, Cassany reflexiona sobre un hecho común que ha surgido en la actualidad: el rompimiento de las barreras idiomáticas originado por las traducciones de las obras de todos los idiomas y de todos los tiempos. En este capítulo, por supuesto, Cassany insiste en recordar aquella premisa histórica que indica que toda traducción es, en el fondo, una traición. Destaca Cassany que una lengua contiene, implícitamente, un profundo sedimento cultural que es difícil de traducir a la perfección. Asimismo, en este tercer capítulo

sobresale la referencia a los inicios de la *retórica contrastiva* y al estudio hecho por Kaplan en 1966, en el cual este percibió que personas de diferentes culturas que usaban la lengua inglesa como segundo idioma organizaban de manera diferente la exposición de su tesis y sus explicaciones en los textos argumentativos. Por ejemplo, los anglófonos siguen una estructura lineal. En cambio, los estudiantes de origen semítico utilizan una organización basada en cláusulas coordinadas, mientras los orientales prefieren una aproximación indirecta al tema, y los rusos incluyen digresiones y comentarios apartados del tema con mucha frecuencia (p. 157). Estos hallazgos le sirven a Cassany para ofrecer una comparación entre la forma como exponen sus ideas una persona de habla inglesa y otra de habla española. En este ejercicio, Cassany asegura que las diferencias entre los usuarios de una y otra lengua abarcan desde la subordinación constante y la abundancia de citas para los artículos científicos escritos en español (características que escasean en el discurso anglosajón), hasta el uso recurrente de metáforas en el discurso científico inglés.

El cuarto capítulo se titula “Leer en la pantalla”. En esta sección Cassany hace énfasis en la gran cantidad de conocimientos digitales y tecnológicos que debe dominar el lector-escritor que ahora se ve expuesto a los emergentes espacios que ofrece Internet, como chats, foros y *blogs*. Según Cassany, Internet le ha permitido al ciudadano común crear una *nueva* identidad que puede ser empleada, por ejemplo, en un chat. En ese mundo virtual en el que predomina la palabra escrita, es la pericia de quien está tras el discurso lo que le permite influir en los demás. Todas las cavilaciones de Cassany intentan desentrañar las nuevas costumbres que ha originado este flamante medio de comunicación, como el acortamiento de palabras,

los *emoticons*, el uso excesivo de mayúsculas y todo cuanto Internet y el ingenio de sus usuarios han estimulado para su creación. En este capítulo Cassany sostiene que el libro impreso sobrevivirá a la era digital, de la misma manera en que el teatro y la pintura resistieron el surgimiento del cine y la fotografía, respectivamente.

En el último capítulo, “La lectura de la ciencia”, Cassany reflexiona sobre cómo los medios de comunicación inciden en la percepción que una colectividad pueda tener de un hallazgo científico. Cassany usa el tema de la clonación para demostrar cómo los encabezados de algunos medios destacaron los cuestionamientos morales de esta práctica, mientras que otros acentuaron los beneficios de esta para la salud del ser humano. Cabe resaltar que en este último capítulo —así como a lo largo de esta obra— Cassany recalca el arduo trabajo intelectual que implica la lectura crítica. Es por ello que al final de este libro aparece esta sugerente reflexión: “Seamos más humildes. Qué arrogantes fuimos al pensar que no se nos escapaba nada, que leer es fácil, que quien no comprende es inepto” (p. 284).

Tras las líneas es una obra compuesta con un discurso fluido y fácil de entender, cargado de recurrentes exclamaciones e interrogaciones retóricas que procuran la interacción del lector. Esta obra, por otra parte, ofrece un análisis primordial de escritos periodísticos españoles; por ende, contiene explicaciones marginales para que el lector de otras latitudes comprenda mejor el significado de los modismos presentes en los fragmentos analizados. *Tras las líneas*, en síntesis, es un esfuerzo por advertir al lector sobre el bombardeo de manipulaciones al cual está expuesto diariamente.

Ender Andrade
Universidad de Los Andes- Táchira